

EL HISTÓRICO TRIUNFO DE DONALD TRUMP

Donald Trump, el lenguaraz multimillonario de retórica y programa netamente repolitizadores¹, será el cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América. Por tercera vez en poco más de cuatro meses, las encuestas, que habían errado en los referendos sobre el *Brexit* y sobre los acuerdos iniciales entre el Gobierno colombiano y las FARC, volvieron a fallar catastróficamente y ocurrió lo insospechado: un republicano independiente, decidido a revertir los avances del globalismo liberal y erigido en firme defensor tanto del Estado-nación como de la identidad nacional de su patria, accedía a la Casa Blanca tras sobreponerse a una feroz campaña mediática en su contra y a la hostilidad de su propio partido. Y lo hacía imponiéndose al candidato de lo que certeramente se ha venido en denominar *establishment*, la ex secretaria de Estado Hillary Clinton. No han sido éstos, por tanto, unos comicios convencionales, pues lo que estaba en juego transcendía ampliamente tanto la elección del nuevo presidente de la primera potencia mundial en términos militares y económicos, como la renovación de la totalidad de la Cámara de Representantes y de un tercio del Senado. Las elecciones del 8 de noviembre fueron un auténtico plebiscito en torno al porvenir de Estados Unidos y, por extensión, del conjunto de Occidente.

La señora Clinton, que promovió con éxito la destrucción de Libia y celebró jubilosa el linchamiento del coronel Gadafi, encarnaba el orden liberal posmoderno, de índole materialista y racionalista, orientado a la «desimbolización» total de las sociedades y a la unificación del mundo en torno a dos únicos principios de carácter neutralizador: el

¹ GUERRERO, Pablo: «Donald Trump, “el repolitizador”», *Razón Española*, n.º 199, septiembre-octubre de 2016, pp. 212-219.

derecho abstracto y el libre mercado². No es de extrañar, por tanto, que la que fuera secretaria de Estado durante el primer mandato de Barack Obama recibiera el apoyo explícito, antes y durante la campaña, de relevantes instituciones e individuos entregados a dicho proyecto globalista y radicados a ambos lados del Atlántico, como la gran banca, los principales grupos de comunicación (constituidos en genuino oligopolio), el «filántropo» progresista George Soros o la multinacional del aborto *Planned Parenthood*. Todos ellos partícipes de esa «rebelión de las elites» descrita por el penetrante sociólogo Christopher Lasch hace casi un cuarto de siglo frente a la que ahora surge, en buena parte del Occidente en decadencia, un movimiento contestatario de amplia base popular que se alimenta del hastío, sí, de unas clases medias depauperadas y políticamente marginadas, mas que también avanza merced a su apoyatura en principios básicos soslayados y combatidos por las elites como la identidad nacional, la tradición, el honor o el simple sentido común. A los citados partidarios de la candidatura de la ex secretaria de Estado hay que añadir a las monarquías de Arabia Saudí y Qatar, que se mostraron extraordinariamente generosas en sus donaciones a la Fundación Clinton. Con su ingente contribución pecuniaria a la candidatura de la ex primera dama ambos Estados perseguían un fin claro: que Estados Unidos siguiese respaldando los objetivos perentorios de Riad y Doha en Oriente Medio, que no son otros que desmembrar la república Siria sirviéndose del Daesh y del antiguo Frente Al-Nusra, aislar al Irán chií y someter a los rebeldes hutíes en Yemen.

Frente al orden liberal y posmoderno personificado en la señora Clinton y en sus poderosos e históricamente influyentes patrocinadores, se alzó la candidatura encabezada por Trump. Éste, resuelto a atraerse el voto de la América blanca y mesocrática, olvidada y zaherida por las elites, concurrió a las primarias republicanas y luego a las elecciones de noviembre defendiendo un ideario simple, de escasa densidad racional, pero rebotante de patriotismo y optimismo, orientado a los problemas

² MICHÉA, Jean-Claude: *The Realm of Lesser Evil*, Polity Press, Cambridge, 2009, p.88 y siguientes. Traducción al inglés de David Fernbach.

concretos de ese nutrido sector de la población estadounidense y fundamentando en el binomio amigo-enemigo, de enorme carga política.

En Europa, analistas y periodistas de mayor o menor clarividencia e independencia, casi todos ellos hostiles al magnate neoyorquino, procedieron a descalificar el movimiento encabezado por Trump calificándolo de «populista». Probablemente ignoraban que el «populismo» es una vieja y respetable corriente política en Estados Unidos, revestida de un carácter indudablemente burgués, defensora en origen de los artesanos y de los pequeños comerciantes, recelosa tanto de las elites como de la idea de progreso indefinido, e informada no tanto por ideas conservadoras como por la tradición republicana y el liberalismo de John Locke³. Sin embargo, a fuerza de emplearse de forma imprecisa y con ánimo denigratorio, el vocablo ha perdido buena parte de su significado original. En Estados Unidos el término «populista» se ha desvirtuado hasta tal punto que se ha aplicado a personajes tan dispares como al senador anticomunista Joseph McCarthy, al segregacionista gobernador de Alabama George Wallace, al *liberal* radical George McGovern, al reverendo y activista por los derechos civiles Jesse Jackson, a Jimmy Carter y hasta a Ronald Reagan⁴. En Europa la voz «populismo», ha entrado a formar parte del vocabulario de politólogos, periodistas e incluso del ciudadano corriente, mas lo ha hecho vulgarizada y devenida en pueril dicterio destinado a anatematizar a quienes, desde el espacio público, propugnan el patriotismo, la identidad nacional o la resistencia frente a la imposición de las «bioideologías». Bien es cierto que su ascendencia familiar, su fortuna y sus ideas progresistas en materia social mantenidas hasta no hace mucho tiempo, hacen de Trump un populista *sui generis*. Asimismo, su candidatura ha recibido el respaldo de grupos y asociaciones de naturaleza no necesariamente pequeñoburguesa, que centran su discurso en una defensa vehemente de la identidad racial blanca y que no comparten, en suma, el insólito juicio formulado en 2015 por el entonces vicepresidente, el demócrata *caucásico* Joe Biden, a propósito de los supuestos beneficios que la

³ LASCH, Christopher: *The True and only Heaven*, W.W.Norton&Company, Nueva York, 1991, p.226.

⁴ *Ibid*, p. 217.

transformación de los blancos en mayoría minoritaria (que Biden fijaba equivocadamente para 2017) iba a reportar al país⁵.

Sea como fuere, resulta conveniente analizar con cierto detenimiento los resultados de las elecciones presidenciales, pues si bien la victoria de Trump en votos electorales fue incontestable, amén de inesperada, el desglose del voto popular por territorios, raza, sexo y educación ofrece alguna que otra sorpresa. Veámoslo.

Los resultados electorales, a examen

Para consternación de muchos de los medios de comunicación que cubrieron la noche electoral, Trump venció la elección a presidente al obtener la mayoría de votos en el Colegio Electoral (en teoría, 306 frente a los 232 de la señora Clinton, aunque es probable que algunos compromisarios electos procedentes de estados en los que Trump ha vencido se abstengan de votar por él), un órgano que Alexander Hamilton defendió en *El Federalista* a fin de evitar el acceso a la presidencia a los demagogos, «adversarios del gobierno republicano»⁶, y que el propio Trump calificó en 2012 en la red social *Twitter* como «un desastre para la democracia»⁷. No obstante, la candidata demócrata, papeletas irregulares aparte, se impuso en el voto popular por dos millones trescientos mil sufragios (64.861.651 en total⁸), obteniendo el 48% de todos los votos

⁵ «Joe Biden: ‘A Good Thing’ When Whites ‘Absolute Minority’ in 2017 (*Census Bureau Projects Majority-Minority Nation in 2044*)», *Breitbart News*, 30 de junio de 2015. <http://www.breitbart.com/big-government/2015/06/30/joe-biden-a-good-thing-when-whites-absolute-minority-in-2017-census-bureau-projects-majority-minority-nation-in-2044/>. Consultado el 22 de noviembre de 2016. El vídeo con las declaraciones de Biden está disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=kAGhyFHnuv8>.

⁶ HAMILTON, Alexander, MADISON, James y JAY, John: *The Federalist Papers*, «The Federalist, 68 (Hamilton)», Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 2008, pp. 334-337.

⁷ KESSLER, Glenn: «*Trump's flip-flop on the electoral college: From ‘disaster’ to ‘genius’*», en *The Washington Post*, 15 de noviembre de 2016. <https://www.washingtonpost.com/news/fact-checker/wp/2016/11/15/trumps-flip-flop-on-the-electoral-college-from-disaster-to-genius/>. Consultado el 23 de noviembre de 2016.

⁸ En el momento de escribirse estas líneas, a finales de noviembre de 2016, el escrutinio de los votos no había concluido. Se estima que la diferencia definitiva en votos populares a favor de Clinton rondará los dos millones y medio.

emitidos, mientras que Trump recibió el 46,28% de los sufragios, si bien con sus 62.531.107 votos el neoyorquino se ha convertido en el candidato republicano con mayor respaldo popular en unas elecciones presidenciales⁹. Es la quinta vez en la historia de Estados Unidos, y la primera desde las controvertidas elecciones de 2000, que el candidato vencedor en el Colegio Electoral obtiene menos votos populares que su rival en el conjunto del país. Es oportuno notar que en California, el estado más poblado de la Unión, la señora Clinton se impuso a Trump por casi cuatro millones de votos (8.021.534 sufragios, 61,44% del total frente a los 4.196.371, 32,14% del total, recibidos por el republicano), mientras que en el Distrito de Columbia, que alberga la capital federal y que es históricamente un feudo demócrata, la ex secretaria de Estado venció con ¡casi el 91% de los votos emitidos (90,86%, para ser exactos)! Un porcentaje ligeramente inferior al obtenido por Barack Obama en las elecciones de 2012 (90,91%) y 2008 (92,46%), si bien superior al obtenido por su esposo Bill Clinton en los comicios de 1992 y 1996. Aquí, en el distrito que alberga la capital federal y que únicamente contaba con tres votos electorales, Trump se vio superado por Clinton en 270.000 votos, cifra que supone más de dos veces el número de sufragios con que el primero se impuso a la candidata demócrata en Florida (4.617.886 frente a 4.504.975), que es el tercer estado más poblado del país y en el que estaban en juego nada menos que 29 votos electorales.

De los datos expuestos se colige que Trump se convirtió en el nuevo presidente merced a su victoria, por estrecho margen, en estados que aportaban un nutrido número de compromisarios al Colegio Electoral y donde las encuestas, bien daban un empate entre ambos candidatos, bien otorgaban un triunfo ajustadísimo a Clinton. En efecto, además de llevarse apuradamente Florida, Trump venció en Wisconsin (10 votos electorales)

⁹ Los datos sobre los resultados electorales referidos en este epígrafe proceden de tres fuentes distintas: TYSON, Alec: «Behind Trump's victory: Divisions by race, gender, education», Pew Research Center, 9 de noviembre de 2016. <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/11/09/behind-trumps-victory-divisions-by-race-gender-education/>; MORIN, Rich: «Behind Trump's win in rural white America: Women joined men in backing him», Ibid, 17 de noviembre de 2016, <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/11/17/behind-trumps-win-in-rural-white-america-women-joined-men-in-backing-him/>; «2016 Presidential General Election Results», Dave Leip's Atlas of U.S. Presidential Elections. <http://uselectionatlas.org/RESULTS/national.php?year=2016&off=0&elect=0&f=0>.

por 25.000 votos, convirtiéndose en el primer republicano que se imponía en dicho estado desde que Reagan lo hizo en 1984; en Michigan (16 votos electorales) por menos de 11.000; en Ohio (18 votos electorales) por un margen algo mayor, 450.000 sufragios; y por 68.000 en Pensilvania (20 votos electorales), donde ningún candidato republicano se había impuesto en unas elecciones presidenciales desde 1988. Fue en estos territorios, en definitiva, donde las promesas formuladas por Trump de «recuperar los puestos de trabajo robados» por potencias extranjeras, de renegociar el NAFTA y de renunciar al Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP) propiciaron un vuelco electoral. De manera que Trump debe su presidencia al respaldo popular mayoritario que recibió en los citados estados del *Rust Belt*, el otrora núcleo de la industria pesada y del sector manufacturero estadounidenses, donde el declive de la actividad industrial basada en el carbón y el acero, los tratados de libre comercio y la deslocalización de procesos han tenido en el transcurso de las últimas décadas un efecto deletéreo sobre los trabajadores de cuello azul, mayoritariamente blancos.

Si trascendemos las regiones del Medio Oeste y del Noreste a fin de analizar los resultados en el conjunto del territorio de la Unión, observaremos que, de acuerdo a las encuestas realizadas a la salida de los colegios electorales, Trump se impuso a Clinton holgadamente en la América rural y en las pequeñas localidades (62% de los votos frente a un 34%), mientras que en los suburbios de las grandes ciudades su ventaja se redujo notablemente (50% de Trump frente al 45% de Clinton). En las grandes áreas urbanas, por el contrario, la señora Clinton venció por un 59% frente a un 35%. Puede resultar sorprendente, atendiendo a la imagen desvirtuada y caricaturesca del millonario ofrecida por los principales medios de comunicación antes y durante la campaña, advertir que el porcentaje de blancos «no hispanos» (que constituían el 70% de la votación; en 2012 eran el 72%) que dio su voto a Trump el pasado 8 de noviembre (58%) no fue mayor sino ligerísimamente inferior (59%) al porcentaje de blancos que respaldó a Mitt Romney en las elecciones de 2012. El apoyo electoral a Trump entre las minorías negra e hispana, si bien enormemente inferior al de su rival (88% frente a un 8% entre los negros), fue mayor que el obtenido por Romney hace cuatro años, lo cual, a su vez, explica el menor respaldo obtenido por Clinton entre la población negra en comparación con el recibido por Obama en 2012 (93%).

Puesto que Trump también fue acusado de misógino debido a sus vituperios contra ciertas periodistas que le eran hostiles y, muy especialmente, a raíz de la artera difusión durante la campaña de un vídeo privado de 2005 en que exponía soezmente la inclinación femenina a yacer con hombres poderosos, resulta asimismo oportuno examinar los resultados por sexos. En total, el 54% de las mujeres encuestadas declararon haber votado por Clinton, mientras que un 53% de los varones se decantaron por Trump (por un 41% de mujeres). La ventaja de Trump entre los varones supera los siete puntos porcentuales que obtuvo la candidatura de Romney en 2012 y contrasta vivamente con los resultados de las elecciones de 2008, en las que, por un punto porcentual, los hombres prefirieron a Obama antes que a John McCain. Sea como fuere, el apoyo electoral de Trump entre los varones es similar al que recibió George W. Bush en las elecciones de 2000 y 2004, en las que superó a sus rivales, Al Gore y John Kerry respectivamente, por once puntos porcentuales entre los electores masculinos que ejercieron su derecho al voto. Empero, los resultados por sexos experimentan un cambio drástico si el examen se circunscribe a los votantes de raza blanca, o al menos eso es lo que se desprende de las cifras arrojadas por las encuestas «a pie de urna». En efecto, según estos sondeos y a pesar de la inmisericorde ofensiva mediática desencadenada contra el «sexista» Trump, el 53% de las mujeres blancas se decantaron por él (frente al 43% que dio su voto a Clinton), un porcentaje que se dispara hasta los 28 puntos porcentuales entre las mujeres blancas residentes en zonas rurales. Aparentemente ajeno a sensatas reflexiones como la que formuló en plena campaña la actriz Susan Sarandon, acrisolada liberal, la cual declaró que no apoyaría a Hillary Clinton puesto que «no vota con la vagina», el feminismo radical, por conducto de sus todavía influyentes órganos, demostró carecer de cualquier atisbo de autocritica y acusó a las estadounidenses blancas de haber traicionado a la causa feminista y de arruinar la «transversalidad» de dicho movimiento¹⁰.

Por último, el desglose de los resultados en función del nivel de estudios de los votantes también coadyuva a impugnar ciertos prejuicios y embustes que han ido pregonando antes y después de las elecciones los

¹⁰ RUIZ-GROSSMAN, Sarah: «Dear Fellow White Women: We F**ked This Up», The Huffington Post, 9 de noviembre de 2016. http://www.huffingtonpost.com/entry/dear-white-women-we-messed-this-up-election-2016_us_582341c9e4b0aac62488970e. Consultado el 28 de noviembre de 2016,

jactanciosos, si bien crecientemente desacreditados, enemigos de Trump en el seno de la sinarquía internacional. Es cierto que los resultados según el nivel de estudios de los electores muestran una aguda discrepancia, la mayor desde los comicios de 1980, entre los electores con estudios universitarios y los que carecen de ellos. Los licenciados universitarios apoyaron a Clinton por un margen de nueve puntos porcentuales, 52% a 43%, mientras que los votantes sin educación universitaria se decantaron mayoritariamente por Trump (52% frente a un 44%). Ahora bien, y éste es el dato que debería invitar a la reflexión, entre los blancos poseedores de un título universitario el candidato republicano se impuso a Clinton por cuatro puntos (49% frente a un 45%), un porcentaje ligeramente inferior al obtenido por Romney en 2012 (56% y 42%), pero comparable al alcanzado por McCain en 2008 frente a Obama (51%-47%).

Una esperanza llamada Trump

Conquistada la Casa Blanca, Trump se enfrenta a una tarea más compleja aun que la ímproba empresa de ganar unas elecciones presidenciales teniendo a los poderes fácticos en contra: la de ejercer virtuosamente el mandato ejecutivo, que no representativo, inherente a la magistratura presidencial. Han sido muchas y sustanciales las promesas formuladas por el millonario de Nueva York en el transcurso de una campaña brillantemente concebida y dirigida por el competente Steve Bannon, calumniado sin tregua por izquierdistas y globalistas, y que seguirá vinculado estrechamente al ya presidente en calidad estratega jefe y consejero *senior*.

Buena parte del electorado que le ha otorgado su confianza, así como todos los que deploran en el Viejo Mundo la voladura controlada de la civilización occidental, esperan que Trump honre la palabra dada y proceda a hacer algo sin precedentes: revertir en el seno de una democracia liberal políticas de signo progresista y, como tales, juzgadas inmodificables. El cometido, insistimos, no es fácil, pese a tener el Partido Republicano (donde Trump no cosecha precisamente unanimidades) mayoría en las dos Cámaras del Congreso y más de 30 gobernadores estatales. La presión de esas organizaciones internacionales, fundaciones privadas y grupos de comunicación que han hecho lo indecible para impedir su

victoria se intensificará brutalmente a partir de este momento, a pesar de que el ascendiente de dichas fuerzas sobre el conjunto de la población es decreciente en Estados Unidos y Europa. Asimismo, el ejercicio virtuoso del poder exige, sin incurrir en amoralidades maquiavélicas ni en un relativismo de índole demoliberal, ciertas dosis de pragmatismo, así como una firme voluntad de llegar a acuerdos sobre cuestiones sensibles de repercusión nacional y, tratándose de los Estados Unidos de América, también mundial. El anuncio por Trump de que mantendrá una parte de la reforma sanitaria impulsada por el presidente anterior, el controvertido *Obamacare*, se inscribe en esa actitud necesaria, actitud realista que desconcertará y decepcionará a algunos de sus partidarios, que será explotada torticeramente por sus detractores, pero que, además de ser un atributo de todo hombre de negocios exitoso, debería engrandecer la figura del nuevo presidente.

En rigor, dada la naturaleza esencialmente popular y antirrevolucionaria del movimiento encabezado por Trump, resulta lógico que surjan dudas en torno al desempeño de éste en la Casa Blanca y a su disposición a cumplir sus promesas electorales. Nótese que según reza la «vulgata» progresista a propósito de los novísimos movimientos repolitizadores surgidos a ambas orillas del Atlántico, «el populismo ofrece respuestas sencillas a problemas complejos». En absoluto. Si por algo se caracteriza el populismo en su acepción genuinamente estadounidense, es decir, pequeñoburguesa y conservadora, es por plantear las preguntas oportunas, por conferir carga política en definitiva al espacio público señalando los problemas esenciales que afligen a la comunidad, no por ofrecer soluciones mágicas o automáticas a dichos problemas.¹¹ Es por ello posible que hombres ambiciosos y desprovistos de escrúpulos enarbolean la bandera populista con el único fin de saciar su vanidad y su afán de poder. ¿Pertenece Trump a esa categoría? ¿Estamos ante uno de los mayores oportunistas de la historia? El tiempo lo dirá, mas resulta innegable que, además de devenir modelo a seguir para varios y prometedores políticos europeos, que están propugnando con éxito en el Viejo Mundo el patriotismo, la identidad nacional y los principios fundacionales de Occidente, Trump ha dado esperanza a muchos estadounidenses que se sentían preteridos. Y la esperanza resulta mucho

¹¹ LASCH: *Op.cit.*, p.532.

más valiosa y alentadora que el huero progresismo al que se aferran, patéticamente, los enemigos internos de nuestra civilización.

Pablo GUERRERO